

El año del cochino

Rafael Spregelburd¹

Cero²

Cuando toda predicción falla, falla también toda dicción

Vamos a empezar por lo primero, para darle un encuadre estrictamente científico a estas ideas sueltas: el libro de predicciones de Ludovica Squirrou no dice nada de la pandemia.

Nada.

Sugiere un año con características “equis” para el chancho, donde “equis” se parece bastante a “y” para el perro, o “zeta” para la rata. Pero hasta donde yo sé (y no he leído el Horóscopo Chino en profundidad, bah, no lo he leído), no señala que la civilización no atravesará su mejor año, ni que esto no es ni “equis” ni “y” ni “zeta” sino tal vez “h”, un cisne negro, una de esas letras que no caben en el alfabeto. El alfabeto es un contendedor de posibilidades pasadas pero no de experiencias futuras. Y parece que la realidad está hecha de repeticiones y de

excepciones. Cada tanto, como dice Nassim Taleb, nace un cisne negro.

Si algo positivo traerá la pandemia, tal vez sea que adivinos y agoreros tendrán que dedicarse a cosas o a trabajos más decentes.

Siento algo de pena por todos ellos, como por todos nosotros.

El nuevo orden mundial puede llegar a demostrar que los trabajos decentes, razonables, son pocos.

Me gustaría decir dos o tres palabras entonces sobre mi trabajo, el de los escritores, el de los dramaturgos, el de los actores, el de los fabricantes de ficciones.

En la cuarentena, el mundo entero se ha hecho consumidor de algún tipo de ficción. ¿De qué tipo?

Veamos un poco.

(1) Consumo de filosofía en masa.

¿Filosofía como ficción? ¿El pensamiento como desviación y entretenimiento de masas? Asombroso. La reciente edición del libro *Sopa de Wuhan*, reunió artículos de algunos de los filósofos vivos más importantes y más influyentes de esta tierra. Algunos muertos no han podido escribir nada sobre el tema porque están precisamente muertos y, sin embargo, es posible leer a Foucault en cada vuelta de esquina. También es abrumador ver los estragos que la lucidez de Foucault dejó en los posfoucaultianos: nada puede hacerse para evitar la jaula que nosotros mismos nos hemos concedido, entonces la filosofía suele llamar a la parálisis. Y la acción, si es que la hay, se filtra por otras disciplinas. La pandemia puede desplegarse dentro de un cúmulo enrejado

¹ Rafael Spregelburd es actor, traductor, dramaturgo y director. Fundador de la compañía “El Patrón Vázquez”, ha participado con sus espectáculos de innumerables festivales nacionales e internacionales. Tiene más de cuarenta obras escritas, traducidas a varios idiomas y estrenadas a nivel nacional e internacional, y por las que ha recibido numerosos premios. Es, además, un gran pensador del fenómeno teatral.

² Este texto ha sido publicado originalmente en el libro *La fiebre. Pensamiento contemporáneo en tiempos de pandemias*, de la editorial ASPO, por lo que agradecemos su generosa contribución a todo el equipo editorial y, en particular, a Pablo Amadeo.

de matices que la preexisten. Pero también (y esto es lo interesante, y esto es lo aterrador) puede comportarse por fuera de toda inteligencia previa. El magnífico Giorgio Agamben yerra el tiro por – digamos– quince días de diferencia con los hechos. Será filosofía –también– verlo desdecirse. Después de todo no hay filósofo posterior a Sócrates que no haya hecho honor al “solo sé que no sé nada”, eslogan rigurosamente preciso puesto en su boca por Platón, traducción mediante y convertido en meme para los tiempos que corren.

Es que en las circunstancias del cisne negro, la experiencia previa queda en ridículo y, tal como señala David Hume, es la triste experiencia del pavo en su jaula. Supongo que la historia es conocida, pero la cuento porque explica lo que pasa mucho mejor que cualquier otra alegoría. El pavo de Hume, en su jaula, recibe comida un día y piensa que la cosa no está tan mal. Recibe comida al día siguiente y piensa que la cosa no hace sino mejorar. Recibe comida deliciosa cada día, durante 30 días, y se acostumbra a ello y piensa que los humanos son maravillosos y que es una suerte ser su pavo. El día 31 abre la boca para disfrutar lo que le corresponde y en cambio lo agarran por el cuello, se lo parten en dos con un hacha y lo hornean para la cena de Acción de Gracias, un ritual no vegano con liturgia de manual. El pavo no puede saber que su destino era tal, mucho menos si se basa en la información real que tiene a su disposición; es más, si se basa en la información real, forzosamente se equivoca. Pero alguien más sí sabe, alguien más sí conoce las razones del hachazo. El problema es cuando todos somos los pavos. O cuando todos somos los comensales. De una sola verdad no

surge ninguna explicación cabal de la realidad. Afortunadamente, de lo que dice Žižek, con un énfasis contagioso, casi clerical, surge lo que le responde Byung-Chul Han, que es lo contrario, igualmente enfático, coreanamente pesimista y necesariamente también algo litúrgico. Mientras nos mantengamos así, pienso, creyendo alternativamente en los opuestos, estaremos a salvo. La asombrosa novedad es que estos asuntos, que en otro momento podrían haberse considerado casi inaccesibles, hoy están siendo leídos (¿consumidos estará bien dicho?) por millones de personas de a pie. Los pavos estamos tomando conciencia de los motivos de la jaula. Este interés por la filosofía, o lo que queda de ella cuando el sujeto que piensa ya no es el hombre libre que imaginó la Modernidad, es inédito.

(2) Al mismo tiempo, y en las pausas que dejan la lavandina y la filosofía, el *homo pandemicus* consume **ficciones**. La oferta es inasible. Mientras haya internet, hay infinitas opciones de entretenimiento. Algunas son banales, como siempre. Otras son extraordinarias: El Pampero, la usina fílmica de Mariano Llinás y sus amigos, ha liberado todas sus películas, incluida “La Flor”, con sus catorce horas de placer infinito. Y lo que hasta ahora podría haber sido considerado como un arte medio genial (y quizá para almas festivaleras) recibe miles de visitas por hora y gusta y encanta y abre puertas y – entonces– las categorías preestablecidas de distribución de la sensibilidad y de la inteligencia empiezan a tambalear. En cualquier caso, este estar sumidos en todas las formas del entretenimiento, el “estar entre”, es probablemente nuestra única manera de estar en el mundo. Esta

oferta de ficciones se está satisfaciendo – por el momento– con la mesa de saldos de las novedades pasadas: Netflix lidera la racha de oportunidades, pero también los gobiernos abren canales de consumo de materiales audiovisuales, literarios, pedagógicos y –en el colmo del oxímoron– hasta teatrales. No obstante en los últimos días de esta pandemia no creo que haya trabajador del área que no se esté preguntando por su futuro inmediato. Estamos tratando de sacar las manos fuera de la jaula a ver qué se puede agarrar. ¿Crisis es oportunidad? ¿O es un invento de los traductores chinos, que ni siquiera pueden traducir de qué está hecha la sopa de Wuhan?

Los teatros que permanecen cerrados ofrecen las obras *on line*. Los espectadores desde sus sofás tenderán a creer que vieron la obra, cuando lo correcto sería decir que “estuvieron en la obra”. El teatro filmado es –ciertamente– una porquería. Si no existieran el cine o la televisión lo miraríamos con algo de cariño, pero lo cierto es que estos han desarrollado unas gramáticas ya aprendidas (como el pavito de Hume) mediante las cuales ahora inevitablemente miramos este teatro filmado, esa sombra de *convivio* reducida a una pastilla con olor a alcohol en gel. La cámara muestra lo que puede, pierde lo que no debería perder el ojo del espectador, elige por nosotros sin dejarnos opción, escribe unas distancias y unas proximidades que son apenas un remedo torpe de la elegancia del cine o del bobo primer y único plano autoafirmativo de la tele. Pero del futuro del teatro prefiero hablar en un apartado especial, si se me permite, más adelante, ya que es de lo único que me toca en realidad dar opinión.

(3) El tercer consumo cultural es quizás el más novedoso y por ello el más interesante, tal vez porque aún no termina de formatear su gramática y entonces no nos sentimos tan pavos, aunque desconozcamos la certeza de que nos cortarían el pescuezo el día 31. Me refiero a esta suerte de **democratización de la producción audiovisual y literaria** que no requiere de expertos ni de artistas: cada quien, desde su celular, desde su zoom, desde su living, ofrece y cambalachea clases de zumba, pensamientos *ao vivo*, golpes de kung fu, yoga en colchoneta, lectura de poemas con voz sentida, recetas veganas, educación inicial, natación en seco, pornografía sin industria. Todos somos actores, todos tenemos algo creativo que intercambiar. Siempre que por “todos” se entienda a cierta clase social, en cierto contexto de “libertad” acuaresentada. Los trabajadores de la salud, por ejemplo, están re en otra. Pero para los pavos en general, el aburrimiento es literalmente imposible. Hemos crucificado al aburrimiento. De ese pecado original vendrán consecuencias densas, lo presiento. Algunas cuarentenas son –eso sí– más laxas que otras. Pero la vida en el mundo ya era así y venía con esas diferencias.

Una querida amiga en Gotemburgo, Suecia, me pide que escriba una obra breve para el teatro en el que trabaja, el Folkteatern Göteborg, dado que en Suecia, parece, la gente se puede reunir de a pocos y manteniendo distancia. Así han concebido una programación de emergencia donde le pedirán a sus autores que escriban piezas para ser filmadas sin mucha producción en sus escenarios hoy disponibles y

vacíos, para ser luego subidas a la red. Todo es gratis, todo es amor, no sabemos de qué vamos a vivir pero el teatro nos convoca a profesionales y amas de casa. ¿Llamaremos teatro a esta práctica de escenas filmadas en el apuro? Cine no es. Chateo tampoco. ¿Qué es entonces? ¿Y a quién le importa saberlo? Cumpló con el pedido sueco, nórdico, como si fuera un soldado que debe ir al frente. ¿De qué frente estamos hablando? ¿Es cierto que esta omnívora necesidad de ficción es tan urgente? Una vez más: no tenemos forma de saberlo. En principio, un carpintero hace sillas. No cuenta cuánta gente ya sentada haya en el mundo. Hace sillas porque es lo que sabe hacer. Hacer una silla tiene sentido. Para el pavo de Hume y para el carpintero. Súbitamente, después de escribir la obra neoposdramática y excepcional para Suecia llega otro pedido, de Berlín. Y otro más, de Barcelona. Pronto será la norma y lo más lógico.

Recuerdo que, hasta no hace mucho, una de las tendencias entre la *intelligenza* teatral globalizada era la invitación a producir menos, a no dejar que se devalúen las imágenes, a garantizar la calidad en la escasez, a plantarse firmemente frente a la macrotendencia de la industria audiovisual, que pide a las productoras y guionistas el desarrollo de 12 series posibles de las cuales después filmar, quizás, con suerte, una sola para tirar el resto a la basura. Pues bien, en la pandemia, el concepto de posdrama deja de ser una sombra amenazante sobre el drama, y la oferta del clic hace convivir la obra de Žižek con la receta del gazpacho, el montaje histórico del *Hamlet* de Peter Zadek con los videos caseros de Guille Aquino. Y si bien al principio el híbrido tiene gracia (y mucha) no podemos saber

cómo será esta banalización (o democratización pantotal) de los saberes dentro de tres meses, un año, un lustro. No exagero. Ya era un hecho consumado que los alumnos que se anotan en el secundario Niní Marshall (con orientación en teatro) no quieren ser actores sino youtubers. Y esto es pre-pandemia. La pérdida de articulación que se aprecia en el pasaje de Facebook a Instagram (donde el texto escrito es un anclaje despreciable) y luego de Instagram a Tik Tok (donde la imagen convive con un formato visivo-hipnótico prediseñado en una fábrica), es la misma que ya ocurrió cuando pasamos de la conversación al emoji. Claro que en ese panorama no habían dejado de existir libros buenísimos, películas notables a contrapelo de las tendencias, obras de teatro maravillosas. Pero el discurso regulador, normalizante, estará dirigido a un nuevo sujeto, no cabe duda. Ese nuevo sujeto, que no es sujeto del psicoanálisis freudiano y que tampoco es un sujeto del psicoanálisis posfreudiano, ¿de qué estará sujeto?

Uno El espectador del futuro

Ahora sí. Pandemia. Una película de ciencia ficción, una mala película, como escribió esta semana Javier Daulte en un lúcido artículo –argentinísimo– que también se hizo viral y que está siendo traducido a toda máquina para publicarse en New York, es decir, en todas partes.

Alejado de la tentación de Ludovica (que es la misma de Žižek o de Byung-Chul Han) yo me niego a predecir nada. Pero sí es un ejercicio interesante, al menos dentro de los límites de mi profesión, tender sobre la mesa las cartas

de este tarot para imaginar cómo será el espectador del futuro, que es en realidad el de este mayo o este junio. Del contexto del confinamiento y de su posterior liberación (tarde o temprano va a ocurrir) nacerá un espectador nuevo, con otros hábitos narrativos, otras impaciencias rítmicas, otros parámetros temporales, otro termómetro para las sutilezas. Un espectador que además posiblemente se haya convertido a sí mismo en actor lego en el encierro. En realidad, este espectador no es completamente nuevo. Ya estaba a mitad de cocción en experiencias piloto tales como la performance sin drama o el microteatro, ese invento español ante la crisis teatral madrileña, que jibarizó las piezas, las combinó con tapas y chupitos y la convirtió en una amable experiencia pequeñoburguesa y gastronómica replicada con éxito –y talento– en varias ciudades de todo el mundo.

Los tiempos de expectación de este *homo pandemicus* tendrán seguramente límites raros. Este espectador que ha pasado sin solución de continuidad de series con 12 temporadas y 600 horas de ficción a “microbioteatro” (una categoría que amigos escritores han empezado como broma en su chat y que ya ha generado piezas teatrales de dos líneas), se plantará ansioso frente a cualquier tiempo que se le ponga ante las narices. Las obras cortas le resultarán demasiado cortas para su expectativa de trascendencia (que será voraz); las largas, demasiado largas para su impaciencia (que será frágil). Pero este espectador ya era así antes del coronavirus. Lo que habrá cambiado será en realidad que este espectador será el conejillo de Indias de una sobredosis de experiencias con el tiempo de los relatos. Antes se servía

buñuelos fríos de un menú más o menos uniforme, que en el presente se nos ocurre casi renacentista, equilibrado y eficiente; ahora considerará narración incluso a la mera secuencia de eventos. No dejo de observar con enorme atención que el prototipo de relato incierto, abierto, literario, excedido, que es “La Flor” de Llinás, encaja perfectamente bien en los tiempos de todos. Podrá aducirse que eso pasa porque se trata de una gran obra. ¿Pero por qué es grande? Quizás sea porque coincide –casi azarosamente– con las circunstancias globalizadas de sus contemporáneos.

La noción de “producto cultural” se habrá expandido hasta ocupar todo aquello que entendemos por cultura. Antes era así solo nominalmente. Sabemos que “cultura” incluye al origami, al folklore, a las clases de zumba, a los museos que albergan ceniceros históricos y los llaman patrimonio, pero a partir de ahora no solo lo sabemos sino que además lo experimentamos. El pueblo ha atrapado a la cultura con sus celulares como si fuera una caza de Pokemones. Es posible que de igual manera salga a los cines y teatros en septiembre. Asumirá como producto cultural obras que antes se hubieran sentido completamente fuera de formato. Lo único que permanecerá intacto –creo yo– es la condición convivial del teatro. Aunque tratase de temas impensados, lo hará en vivo. Ese *convivio* es el que garantizará la condición de expectación: el público se vuelve espectador cuando quiere seguir viendo qué pasará y no cuando sólo ve lo que pasa.

Estos productos culturales tendrán variopinta composición genética: arte, ocio, entretenimiento, pornografía, serán estilos de un mismo evento espectacular y

no prácticas diferenciadas por sus materiales básicos de construcción. Dentro de esa variedad, el arte será el que junte menos espectadores. Una vez más, esto no deja de estar alejado de lo que pasaba en febrero, antes de todo. Los críticos, bloggers y opinadores de toda laya demandarán a los eventos artísticos algunos de los ornamentos del ocio, el entretenimiento y la pornografía. Los artistas no se los darán. Habrá guerra. Los artistas defenderán su derecho a no complacer, a no coincidir con la expectativa del sentido común, a no educar, a no comunicar. Una vez más: esto ya pasaba antes.

Los circuitos de distribución teatral (que en nuestro país parecen ser cuatro y no tres: el oficial, el comercial, el independiente y –agrego– el marginal) se verán seguramente asaltados en sus suposiciones automáticas. El circuito oficial será el que menos cambie. Los teatros públicos porteños volverán al eclecticismo que los caracterizaba desde épocas inmemoriales, a excepción de la aventura breve y –esperemos– duradera del Teatro Nacional Cervantes, que eligió el camino de la “amable vanguardia progresista con bajos riesgos pero riesgos al fin” por encima del cómodo camino de la repetición de otras fórmulas más convencionales: piezas clásicas con estrellas convocantes, nueva dramaturgia pero en envases chicos, invitaciones internacionales ya probadas. El circuito comercial no sé qué hará, jamás me ha interesado un pepino lo que pase allí, pido disculpas. No sé si muestran tetas, risas o coreografías. No sé nada. El circuito independiente saldrá fortalecido. Sus ejecutores se están entrenando en estos días. Están escribiendo sin parar, están deseando verse, amucharse y darse besos.

Competirán entre sí por la atención general, y de esa competencia se destacarán unos cuantos, los mejores. Pero esos cuantos serán cada vez más, no cabe duda. El circuito marginal, con sus expresiones no del todo asimiladas, con sus títeres, sus telas trenzadas, sus elencos barriales, su danza callejera, aspirará a saltar al circuito independiente suponiendo que allí hay un cambio de categoría ontológica y estética. No lo hay. El circuito marginal crecerá y desbordará, porque la pandemia habrá enseñado lecciones que son afines a esta marginalidad: la solidaridad, la cercanía, el optimismo, el amateurismo, el más o menos. La marginalidad ganará medallas y se instalará definitivamente como opción. A veces despotricará contra los otros sistemas y lanzará mensajes como llamaradas, a veces adormecerá conciencias y será un runrún para pasar el rato. Así que bien mirado, si fuera solo por esto, todo teatro es una y mil veces marginal.

Solo puedo proponer los ejemplos que tengo a mano. Un festival de letras me propone una performance con traductores reales y se me ocurre concebir una obra mal ensayada en la que cada traductor debe traducir a toda velocidad aspectos intraducibles de nuestra lengua, el castellano de una periferia. Pero para ejecutarla como se debería, esta obra que estoy escribiendo para FILBA requiere de gran tecnología, o al menos de unas computadoras y pantallas. El presupuesto deseado no nos llegará nunca, así que lo haremos con cartones. En esta pérdida del ideal nos haremos fuertes. Cada palabra encontrada deberá valer oro, porque el soporte será de cartulina. Si no lo hacemos así, el poco dinero que hay se lo llevarán empresas de tecnología y no

artistas ni traductores. ¿Quiero sentarme yo frente a una obra así de injusta? Ya no. Después de esto, no.

Esa es la clave. Después de esto, ¿qué cosas no? Por ejemplo, ¿aspiraremos a un gran cine argentino que pueda asemejarse a las producciones internacionales que vimos gratis por tevé en esta sobredosis? ¿O buscaremos solo la imaginación, el revuelque, la marginalidad de todo punto de vista y a eso lo llamaremos “nuestro cine”? No lo sé. Si lo supiera sabría cómo corregir mi primer guión. Está paralizado. Y no es el primero. Es el segundo. El primero no se pudo filmar porque es muy caro pero no se pudo modificar porque –dicen– era muy bueno. Lo que es seguro es que no escribiré un tercero. No vale la pena. El cine tal como lo hemos entendido estaba agonizando antes del virus; ahora ha muerto. Los que seguirán adelante tendrán que lanzar la jabalina cada vez más lejos. Y cuando estas jabalinas se eleven y caigan lejos y revelen zonas impensadas de la cancha, volverá alguien que sorprenda con una película sencilla, cercana e intimista. Esta química de doble filo ya existía, pero ahora será extrema. Todo lo que quede en el medio de estos dos filos será rápidamente mediocre y prescindible.

La producción para plataformas internacionales será la norma, pero ello no significa que no haya un cine anormal y enamoradizo. Los proyectos internacionales tienen agendas imposibles: actores súper estrella, directores de cualquier país, guiones novedosos. Una ficción planetaria, un coreano ganando en Hollywood, un brasileño filmando Los Dos Papas en latín en la Villa 21. Al criterio o al capricho de Netflix, los estados

nacionales deberán proponer imaginación y contenidos autóctonos. Esto había comenzado hace unas horas, en febrero; nadie lo detuvo, así que el virus no tiene nada que ver. A lo sumo, el virus traerá una legitimación definitiva para la otrora audaz ciencia ficción, que ahora se llamará realismo mágico. No habrá nada más aburrido que ver películas de plaga y radiación: serán la norma, el costumbrismo.

Dos **El planeta que ríe**

Si algo no cambiará será el humor. Sabemos que sin él, sin el asalto que supone a la razón, no hay alteridad, no hay pensamiento.

El humor es quizás la única disciplina verdaderamente técnica que podemos ejercer todos. La profesión del humorista es un absurdo; es como decir “la profesión del respirador”. Todos lo somos. Ante cualquier estímulo, podemos elegir comunicarlo tal como ocurre o darle una vuelta inesperada para transformarlo en otra cosa. La pandemia ha sido fuente de obras de humor inagotables. Su forma inmediata, el meme, logra a veces mayor contundencia informativa y polémica que la noticia. El meme no imita a la realidad; la noticia es la que ahora busca parecerse al meme, en contundencia, capacidad de fascinación y poder de síntesis.

Pero está apareciendo un humor anónimo, planetario, creado por la raza humana en su conjunto que –como en la Edad Media prerrenacentista– carece de firma de autor. La réplica de lo divertido no busca otorgar crédito al autor. La idea de autoría se disuelve, da lo mismo que sea un pensamiento brillante y oportuno

de Oscar Wilde o un meme taiwanés mal traducido en Estrasburgo. La clave está en la velocidad absoluta de circulación de ideas y la relativización de las certidumbres globales. Estos memes, remakes de canciones espantosas, stickers y apostillas interpretan el instante mucho mejor que el pensamiento científico. No buscan mañana alguno: se presentan como residuo desechable. Las civilizaciones futuras que rasquen sobre la nuestra no entenderán nada; este humor es jeroglífico y el mundo entero comparte la tablita de Champollion para entenderlo. Esa universalidad de lo risible es inédita. No siempre todas las culturas han reído al unísono sobre lo mismo. Es posible que esto, como siempre, como otrora, lo haya empezado el Imperio Romano: la epidemia tocó Italia y además de los muertos se multiplicaron los balcones, la sanata, lo dialectal. Se le sumó España y la fiesta estuvo ya completa. Nada sabemos ni podríamos colegir del humor danés o del bielorruso, pero es sabido que si Italia y España lideran el asunto, hay pensamiento lateral para rato.

Todo nos llega de todos lados y es posible. Cito este posteo hecho pizarra que me llega, por ejemplo, de México:

¿Cuál es tu teoría preferida hasta el momento?

- A- Teoría del murciélago.
- B- Teoría de la conspiración china para dominar el mundo.
- C- Teoría de la conspiración gringa contra la economía china.
- D- Teoría de la epidemia selectiva ideada por el capitalismo para matar a los viejos.
- E- Teoría de la venganza de la naturaleza para extinguir a la humanidad.

F- Teoría del experimento social de dominación a través del miedo.

G- Teoría del virus creado por los laboratorios para vender medicina.

H- Teoría de que es una gripe común, pero científicos y medios de comunicación generaron psicosis.

I- Teoría del destino de los años en las décadas de los 20 (1320, 1520, 1920, 2020).

J- Todas las anteriores.

K- Teoría de que el maya era disléxico y el mundo se acaba en 2021 y no en 2012.

Mano al corazón, ¿quién no pasó –con la velocidad del rayo– por al menos cuatro o cinco o todos los estados de certidumbre que se describen allí? ¿Qué chances tienen Žižek y su alter ego coreano de debatir nada cuando esto está ya en nuestra cabeza? Yo espero que lo logren, no obstante. Ya que la filosofía puede –si quiere– oponerse a todo. Incluso al estado de humorada en el que se ha convertido el mundo.

Este humor fácil y al alcance de la mano también moldeará la percepción de nuestro espectador del futuro, por no hablar de los votantes o los maestros. Por eso será menester excavar en las raíces profundas de un humor más existencialista, un humor que no estará solo en las palabras sino en los matices, en los bordes imperceptibles entre las palabras.

En “La Flor”, Casterman es descrito como el hombre que no ríe jamás, que ni siquiera sonríe. Así lo vemos en las primeras escenas, así deambula con el rostro enjuto, imperturbable de Marcelo Pozzi. Hasta que –de manera totalmente caprichosa–

algo le causa una risa implacable, algo muy poco gracioso para nosotros o para nadie, y el hombre que no ríe jamás de pronto no para de reír durante dos o tres largos minutos, iluminando la noche de Bruselas con su carcajada inexplicable. El hombre que no ríe no puede parar de reír; eso es cine puro y es gracioso, de una manera nueva que no es *memificable*, pienso ahora. La risa dura tanto que los matices del sinsentido (del koan, de la paradoja) ocupan más espacio que la simple narración en superficie. Más adelante, Dreyfuss, el científico secuestrado, no sabe dónde está y mal supone que lo han llevado en estado inconsciente hasta Rumania. Pero de pronto ve el cielo estrellado sobre la camioneta en la que lo tienen prisionero y observa algo inquietante: las constelaciones, que le son amigas conocidas, están todas al revés. Cástor y Pólux están boca arriba y el cobarde gemelo precede al valeroso, el Toro está echado y parece un perro salchicha rascándose la espalda contra el suelo. Así con todo el universo. El humor cede paso a la conmoción: Dreyfuss, que parece ser sueco, está en la Pampa, un sitio para no estar nunca. Y el cielo en nuestra cabeza ha sido concebido en el Hemisferio Norte. Esos griegos y sus secuaces que creyeron ver un Toro y que incluso llamaron Tauro a ese momento, ¿lo hubiesen visto realmente si el dibujo aparecía boca arriba? Ni el cielo nos pertenece. Es una invención del otro lado del mundo, el mismo lado del mundo que inventó las máquinas, la filosofía y ahora el coronavirus. Mientras el Norte produce las formas puras y el pensamiento en serio, nosotros solo ocupamos el espacio de lo deforme y de la opinión. Solamente la Cruz del Sur cobra sentido para

Dreyfuss: solo ella puede ser leída en la posición en la que está y con la utilidad que presta a marinos y poetas. Ni Dreyfuss (ni Llinás, que es la voz de sus pensamientos, la voz inconfundible con la erre afrancesada) lo expresan de esta manera tan obvia en el Episodio III de “La Flor”: es apenas una reflexión de un personaje en un momento equis de su cautiverio, es un recodo de un relato con mil vueltas. Que tal enorme descubrimiento acerca de nuestro lugar en el mundo nos llegue de esta manera, inesperada, es también muy gracioso a su manera. Ese es –creo yo– el futuro más o menos inmediato del humor. Por allí saltaremos este campo minado hecho de memes. El meme comunica, a la vez que pretende estar haciendo una revelación; el arte verdadero deslumbra y complica la mente. Ambos convivirán. No siempre bien. Pero serán los polos de una relación electromagnética que habrá que aprender a manejar técnicamente. Señalo a “La Flor” quizás exageradamente como norte pero no es por azar: un proyecto que había sido concebido en la factoría Pampero para ser único, exclusivo, refinado, alternativo y singular, de pronto se manifiesta totalmente accesible al mundo entero. El Pampero, siempre tan celoso de sus canales de difusión, siempre rabiosamente independientes y sin subsidios, siempre en cooperativa con sus actores y colaboradores, súbitamente abre las puertas de la casa y la casa se les llena.

Exagero. Pero nadie me dijo que no lo hiciera. Estas formas de sutileza o estos mecanismos de construcción de humor (de pensamiento) ya existían desde antes. Algunos los llaman clásicos. Quizás lo nuevo es que –por un momento, un breve momento de pandemia– todo fue

accesible en todas partes (al menos como ilusión). Después, seguramente, cada quien volverá adonde estaba.

Tres

La democracia es el peor de los sistemas que se conocen

No me he vuelto loco, solo reutilizo el título del capítulo 8 de mi saga “Bizarra” para tratar de aclarar el último punto de esta reflexión: ¿en qué universo político nos dejará parados la pandemia? Y si traigo “Bizarra” a colación es porque creo que la relación no es nada casual.

De un modo u otro, nos vemos compelidos, empujados, extorsionados a pensar el cambio del mundo. Muchas veces nos han vendido falsos cambios: pequeñas alteraciones presentadas como grandes para que en el fondo nada cambie. Porque nadie parece querer cambiar nada. Hablamos de redistribución de la riqueza pero cuando alguien dice expropiación entonces se acabó la joda. Sostenemos gobiernos progresistas pero siempre que este progreso no nos arrastre fuera de nuestra comodidad (que ya es poca y ninguna). O dicho como en “Un momento argentino” (una obra que me tocó escribir en el entonces apocalipsis argentino del 2001): las personas queremos vivir bien, pero en el capitalismo.

Nos gusta imaginarnos (o no podemos evitar imaginarnos) en el balcón terraza de los senderos que se bifurcan. De ahora en más, nos decimos, nada será igual. Esto se parece a la Vaca Loca, a la Gripe Aviar, a la Gripe A, pero no se parece: es más grave. Porque no hay cura, porque no hay vacuna, porque es más contagioso, porque queda en superficies, porque no hay tiempo para salvar a los

más débiles. Pero, ¿si hubiera cura, si hubiera vacuna, si hubiera tiempo? ¿Volvería el mundo a su estado previo? Quizás el mundo cambie para siempre, quizás cambie para bien (Žižek dixit), quizás para mal (Byung-Chul Han). Quizás mueran muchos. Seguramente menos que en las Guerras Mundiales. Y quizás –y he aquí el dilema–, quizás en tres meses ya no nos acordemos tanto de esto. Juegan en favor de esta idea el tiempo circular de la cuarentena: lo primero que se ha perdido es la noción del tiempo, da lo mismo si es domingo, si es marzo, si es abril o si –como en mi caso– es tu cumpleaños número 50. Todo está suspendido. Lo cual puede significar que en breve lo olvidemos. Había planeado mil maneras de enfrentar mi medio siglo. No puse en práctica ninguna. Y es de suponer que no lo haré tampoco después, cuando sea primavera y todo esto sea un sueño remoto.

No obstante, siempre estará allí Greta Tintin Eleonora Emman Thunberg. Seguirá estando. Es joven y seguirá, no puede no hacerlo. Los cisnes en Venezia, la invasión de polillas en Buenos Aires, los cielos despejados de las urbes, el colapso de la moda y lo superfluo. La mitad de estas imágenes son falsas, pero también la mitad de nuestro deseo ha sido tocado por una varita mágica para siempre. Solo sobrevivirán los países que ensayen alguna forma menor o mayor de socialismo. Se salvarán aquellos donde la salud sea pública. Estados Unidos dará ejemplo de barbarie y en cambio Cuba habrá sido el único plan posible de humanismo. El mapa latinoamericano ofrece nuevas grietas como heridas: nos duele Ecuador, nos indigna Brasil, tememos por Bolivia con su golpe de estado neofascista. En Chile, Piñera

aprovecha la encerrona para sacarse fotos en la Plaza de la Dignidad, ahora donde nadie pueda escupirlo como se merece.

Pero hay más. Mucha gente ha comenzado a trabajar desde su casa y todos (empresarios y empleados) descubren que era posible. Trabajar desde casa es una forma de desindustrialización interesante para unos, una comodidad aparente para otros. Pero también se puede empezar a hacer trampa: si puedo hacer en casa en una hora el trabajo que en la oficina me llevaría ocho, ¿soy mala persona? ¿Dónde está el robo si apenas estamos hablando de equiparar discretamente la plusvalía? Falta poco, poquísimo, un empujón nomás, para acercarnos a la verdad: quizás no haya que trabajar tanto. Al menos no en cosas que no nos interesan ni nos gustan. Son pocos los que pueden hablar sobre este tema sin culpas judeocristianas: los artistas hacemos un trabajo que nos encanta, entonces siempre queremos trabajar. Es el colmo de la alegría de la vida, aunar la obligación con el placer. Pero el recolector de basura a lo mejor quiere estar haciendo otra cosa, o nada. Y todos lo entendemos. El concepto de “vagos de mierda” será algo anacrónico, ahora que hasta los CEO’s viven en pijama.

La pandemia conducirá indefectiblemente a alimentar el cálido fuego ya encendido de la renta básica universal (RBU), que algunos llaman renta básica incondicional (RBI), o ingreso ciudadano: una forma de seguridad social que te garantice la vida por el mero hecho de haber llegado a ella en medio de una organización que te precede, que no elegiste y que se llama Estado y que es la suma de miles de ensayos y errores a nivel planetario.

Siempre estarán los que supongan que es injusto que alguien cobre por no trabajar casi nada; ahora tal vez entenderán que eso debería importar poco. Un país se puede sostener perfectamente distribuyendo el trabajo básico de otras maneras, incluso puede seguir ofreciendo opciones competitivas para aquellos a quienes les interese realizarse en la acumulación y en la codicia. Pero se puede imaginar un lugar ciudadano formal e instituido en el que todos estemos igualados cívicamente en el hecho de ser humanos y habitantes del planeta. Ninguno de los países que intentan formas parecidas (o en esa dirección), como los que pagan el paro a los trabajadores esporádicos cuando no tienen trabajo, ha quebrado, o al menos no por ello. El relato contra el pobre habrá cambiado; es evidente. Tampoco sé si para bien o para mal, pero ya no será el mismo. La gripe iguala víctimas y no distingue pedigríe a la hora de contagiarte, si bien es cierto que el que se pueda pagar respirador privado lo va a pasar con algo más de holgura. El Estado que se ausente de este rescate obligatorio será tenido por villano y por asesino. Ahora se ve claro lo que antes era –para algunos– una mera distorsión forjada en Cuba con lavado de cerebro implementado en cirílico. Pero lo otro, el capitalismo autoinmune, ya se ensayó hasta el hartazgo, hace tiempo que no estaba dando frutos, y parece encontrar en el espejo de la sopa de Wuhan su reflexión final, su Dorian Gray.

Es claro que no habrá futuro decente que no sea socialista. Y también es claro que no será de manera automática. Habrá resistencia y se escribirá mucho en contra de esta idea, grandes pensadores muy articulados dirán

cuán imposible es, basados en la idea de que el ser humano es ruin en fondo y forma. Pues veremos ahora cuánto se sostiene esta idea cuando cada uno de los sistemas entre las tres o cuatro variantes que se dan en el mundo actual cuente sus muertos.

Por lo pronto, descubriremos que se podía trabajar sin necesidad de ir al trabajo. Descubriremos que se podía cobrar dinero sin necesidad de trabajar en cosas inútiles. Descubriremos que cuando la gente solo consume lo que realmente necesita el capitalismo empieza a carecer de sentido, incluso para sí mismo. Cuando ese capitalismo no sea ya rentable habrá socialismo natural o habrá exterminio. “Socialismo o barbarie”, tampoco es nuevo.

Pero no me toca a mí hablar de esto. Yo apenas quería explicar mi diario de esta cuarentena. Encerrado en familia, trabajo y afecto son la misma cosa, lo cual no está del todo mal. Como en aquella otra hecatombe colectiva, aunque local, la de 2001, donde ruina, incertidumbre, caos social y desesperación eran la norma, se me da por concebir los proyectos imposibles. Los posibles a nadie le interesan y además no se pueden realizar. Es liberador que nadie esté dispuesto a pagarte nada por tu trabajo, por tus ideas. Estas mismas reflexiones son desafortunadas porque son gratis, todo exceso está permitido porque está liberado de merecer precio alguno. Muchas veces los artistas sentimos esta rampa de creatividad producto de la angustia de ya no poder más con las herramientas a nuestro alcance. Si estás sin manos pintarás con los codos, si te has quedado mudo hablarás en lenguas de señales.

En el 2001 se nos dio por armar “Bizarra” con un entrañable grupo de cómplices. “Bizarra” era una teatronovela en 10 capítulos. La gente que quería ver la obra venía una vez por semana a nuestra salita en el Centro Cultural Rojas y allí asistía a las desventuras de Velita y Candela, las dos hermanas separadas al nacer durante el mágico eclipse, la una rica como la Pepsi, la otra pobre como La Matanza. La obra se hizo conocida y trascendió –para nuestra sorpresa– varias fronteras. Se hizo en Nápoles y en Roma sin alterar una sola coma de su extraño contenido. Se hizo en Suiza. Se leyó en Berlín. Se está por hacer en Noruega con actores de tres países nórdicos. Recuerdo que cuando visité Roma en medio del estreno del capítulo 9, los ciudadanos habían tomado el Teatro Valle que había quedado a la buena de dios luego del cierre del Ente Teatral Italiano, del cual dependía, por obra y omisión de Berlusconi. En vez de convertirlo en una tienda Zara, tal como podría haber sido el plan de la inercia política italiana, quedó en las indecisas manos de artistas, filósofos y sociólogos romanos, que alternaron entre sus paredes conferencias de artistas, clases de filosofía política o producciones urgentes y gratuitas. Pues en esa ocasión recuerdo que bajé del tren en Termini y la ciudad de Roma (su zona barroca) estaba estensileada para la ocasión del Valle Occupato con una frase de mi Bizarra: “Qué triste es la prudencia.” Allí comprendí que mi impulso irrefrenable de acción pura y dura en medio del absoluto desamparo no era errada: podía replicarse con fuerza en otras circunstancias y ya no refería solo a sí misma, ya no solo a nosotros, un grupúsculo de conspiradores en medio de una crisis.

Por circunstancias que no vienen al caso, hace unos meses que vengo rumiando la idea de escribir “El Once”, el tan esperado como demorado capítulo 11 de esta saga. Se trataría de los mismos personajes (la mitad del elenco moría en acción pero no cuesta un pomo revivirlo) diecisiete años después. Estamos los que fuimos y ganas no faltan, hemos envejecido y hemos mutado; la obra será la obra y esa mutación. El plan era usar la estructura demencial de ese texto para reseñar y apuntar la debacle de la era neoliberal en la Argentina. En esto estábamos cuando pasó lo que pasó en Wuhan, Teherán, Milán, Madrid. ¿Qué hacer ahora? Puedo elaborar mil hipótesis acerca de ese espectador del futuro, al cual irá destinada “El Once”. Pero, ¿puedo escribirla? ¿Cómo saber cuál es el contenido de una pieza que se deberá ver –a lo sumo– en septiembre? Es la primera vez en mi vida que algo así sucede. El tiempo o la expectativa de puntualidad social jamás fueron asunto mío. Ahora no puedo ni escribir la primera frase. ¿A quién va dirigida? ¿Qué habrá en su cabeza? ¿Cuántos serán los que sigan en la Tierra este septiembre? ¿Alguien se acordará de Esteban Bullrich para cuando todo esto acabe? La especulación poética (constructiva) es casi imposible en estas condiciones. Solo se atisban la lírica (auge de la expresión subjetiva) y la política (la argumentación organizativa). Pero de la ficción, de sus asuntos, de sus temas, de sus enlaces causales, de sus giros y contramarchas, nada sabemos. Nada sé. Seguramente se tratará de escribir igual, sin saber nada, sin esperar nada, como si no hubiera ningún futuro o como si hubieran todos los futuros posibles.

Y eso, una vez más, también ha sido siempre así. Quizás no nos dábamos cuenta.

San Miguel del Monte, 6 de abril de 2020